

Sumióse al fin del aire trasparente
En la infinita y diáfana distancia,
Dejando en pos suavísima fragancia
Y rastro de impalpable claridad.
Y al volver á su celda Margarita
Volviendo á sus afanes de tornera,
Tendió los ojos por la limpia esfera
Y no halló ni vision, ni tempestad.
Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle,
Y al vital resplandor de su bugía,
Aun encontró la imágen de María,
Y sus flores aun sin marchitar.
Y á sus piés despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera,
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA
Sin mas mundo que el torno y el altar.

FIN DE LA LEYENDA CUARTA.

APÉNDICE A MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA LA BAILARINA.

I.

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle
Nublada y oscura aquella,
Esta solitaria y grande,
Aquella escasa de luces,
Y esta escasa de habitantes
Pues que sólo entre un convento
Y un caseron viejo se abre,
Venía sobre un caballo
Un hombre que á tientas sabe,
Sin duda el sitio que pisa
Pues va sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos
Y del caballo apeándose
Dió en la puerta dos seguidas
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Después en las cavidades

De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes
De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detrás de ellos
Una sombra vacilante
Al reflejo de una luz,
Y tras esto desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja ¿quién llama?
Y el que llamó dijo:—¡Abre!
—Qué quereis?

—Abre demonio

No me conoces? que baje
Damian por este caballo.
—¡Él es! Jesucristo valmel!
Dijo la mujer en lo alto,
Y la ventana cerrándose
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba
De su casa de Palencia
Sin otro mal ni dolencia
Que el exceso de su edad,
Don Gil de Alarcon á solas
Con su confesor espera
Su cercana hora postrera
Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen
La vida y la menoscaban,
Los dias solo le acaban
Que ya han pasado por él.
Que es el tiempo una carcoma
Que todo á traicion lo mina,
Y con mano igual arruina
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia
Muere don Gil, buen cristiano,
Aun hay un recuerdo humano
Que le angustia el corazon:
Hay una idea rebelde

Con fuerza á su mente asida
Que lucha, no con su vida,
Mas sí con su religion.

Un hijo ¡ay Dios! que tenia,
Por quien se afaná viviendo,
Y por quien llora muriendo
Y que léjos de él está.
Y al Dios en quien cree suplica
Que por piedad le conceda
Un punto en que verle pueda
Por la vez postrera ya.

El pobre padre impelido
Por su amor y sus virtudes
Las negras ingratitudes
Olvida de su don Juan,
Y darle el último abrazo,
Darle el último consejo
Es no mas del pobre viejo
El acongojado afán.

«Padre, al confesor decia.
Padre, me acosa una idea.
—Cuál es?

—Que mi hijo me crea
Con él airado al morir.
Nunca otro fin me propuse
Que su bien y su fortuna,
¡Mas no hay esperanza alguna!
En que poder consentir.

En busca de los deleites,
Mozo á los deleites dado
Él se partió de mi lado
Y acaso teme volver.

Acaso teme el enojo
De su padre que le adora,
¡Ay Dios! en la última hora
¿Qué puede de mi temer?

Solo quisiera, os lo juro,
En este trance tremendo
Poder echarle muriendo
Mi paternal bendicion.
No hay locura que no olvide,
Dolor que no le perdone,
Ni recuerdo de él que encone
La ira en mi corazon.»

Así decia el buen viejo
De su don Juan acordándose,
Cuando don Juan arrojándose
En sus brazos exclamó:
«Ya estoy aqui, padre mio,
«Ya estoy ante vos de hinojos;
«Tornadme padre los ojos
«O muero de angustia yo.»

Y ambos á dos tiernamente
Padre é hijo se abrazaban,
Y ambos á dos sollozaban....
¡Cosa triste de mirar!
Lloraba el padre de gozo,
Lloraba el hijo de duelo,
El dolor con el consuelo
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo
Y le estrechaba asintiendo
El viejo, que al fin cayendo
Sin fuerzas le dijo así:
«Hijo, levanta y escucha
Mis postrimeros acentos
Que tengo pocos momentos
Para disponer de mi.

Sentóse á su lado el hijo
Y á solas los dos quedando
Así el padre siguió hablando
A su fin próximo ya.
Juan, voy á darte mi última
Prueba de amor, y quisiera
Que esta voluntad me fuera
Bien cumplida.

—Lo será.
—Tuyo es cuanto yo poseo
Sin mas condicion que una,
Y Dios, Juan, te dé fortuna
Para gozarlo sin mí.
¿Me juras obedecerme?
Responde Juan, porque siento
Que se me arranca el aliento
¿La cumplirás?

—Padre, sí,
Por cielo y tierra os lo juro!
—Pues bien, junto á Torquemada
En tu herencia vinculada

Una casita hallarás
Cercada de un huertecillo,
Allí Juan mi cuerpo entierra
Y esta casa y esta tierra,
Juan, no la vendas jamás.

Si algun dia (y nunca llegue)
Tus dispendiosas locuras,
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy,
Ven á mi tumba escondida,
Que en mi sepulcro al postrarte
Mi sombra saldrá á ayudarte...
Y á Dios Juan que á morir voy!
—Padre!

—Adios, Juan, hijo mio!
Siento que estoy espirando,
Adios... y haz lo que te mando
Porque Dios te ayudará.»
Y esto dicho inclinó el padre
Hacia su hijo la cabeza
Y él la besó con terneza...
Pero no existía ya.

Tornóse desde este punto
Aquel oculto aposento
Solitario monumento
De un justo que en paz murió.
Huyóse el alma á los cielos,
Y el vivo que allí quedaba
Al Dios se la encomendaba
Que ante su ser la llamó.

Y ya próximo al ocaso
El sol del dia siguiente
Turba enlutada de gente
Se vió á Palencia volver,
Y tras de todos un hombre
Que en pié en mitad del camino
Quedó el lugar por dó vino
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra
Su denso manto tendiendo
Y á su mirada impidiendo
La distancia penetrar,
Apartar le hizo la vista
De lo que estaba mirando,

Y las espaldas tornando Poco antes de oscurecer,
Viósele en Palencia entrar. Y ante las puertas llegando
Mas todos, desde aquel día Los ojos atrás tornando
Al campo este hombre salía Quedábase atrás mirando
Y del campo se volvía Mientras alcanzaba á ver.

II.

Todo en la tierra pasa,
Todo muere, se extingue ó se deshace
El duelo y el placer tienen en tasa
Del hombre breve en la existencia escasa,
Flor que se agosta con el sol que nace.
Queda el dolor un día
Dentro del corazón mas amoroso
En lenta y profundísima agonía,
Pero calma el dolor mas riguroso
Y el que mas implacable parecía.
Que así va nuestra vida
Caminando entre gustos y dolores
Como fuente silvestre que escondida
Por el sombrío bosque va perdida
Zarzas bañando y campesinas flores.
Así don Juan con la memoria triste
Del cariñoso padre acongojado
Vivió con su memoria
En soledad un tiempo retirado,
En jornada diaria
Visitando su tumba solitaria;
Mas sintiendo ceder su amargo duelo
Y el alma serenarse cada día
Volvió á la sociedad, y halló consuelo
En lo que un tiempo su placer tenía.
Y el consuelo por puntos aumentando
Se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos
Con respetuosas chanzas y caricias
A cercarle volvieron sus amigos,
Y se iba á su presencia despertando
Su corazón, sediento de delicias.
Volvió á reír don Juan, volvió á sus ojos
La viva luz del gozo y la esperanza,
Volvió la soledad á darle enojos
Y su opulencia le tornó á la holganza.
Sus administradores

Cuentas á darle con afán vinieron
De la herencia feraz de sus mayores
Y á sus ojos pusieron
Sus pingües rentas, por don Gil dobladas,
Con mil cuidados y con mil sudores.
Tendió don Juan los ojos satisfechos
Por el risueño porvenir, y el mundo
Halló tal vez con límites estrechos
A su deseo libre y vagabundo.
¿De qué me sirve, dijo, esta opulencia,
Estos montones escondidos de oro
Si en la oscura y pobrísima Palencia
No me sirve de nada mi tesoro?
¿He de gastar en mantas mis doblones
O he de hacer de continuo á mis queridas
Regalos de peludos bayetones?
Quedarán, vive Dios, agradecidas!
Murió mi padre, dueleme á fe mía!
Pero no es menos cierto
Que yo también me moriré algún día;
Y si la vida á divertir no acierto
Comprando mi placer con mi riqueza,
¿No se aprovechará de mi torpeza
Otro mas listo cuando me haya muerto?
¡Adelante, don Juan, viven los cielos!
Menos dicen que son con pan los duelos.
No pasemos la vida
En llorar como imbéciles mujeres;
La riqueza gocemos adquirida
Y hagamos amistad con los placeres.
Y aquí don Juan, soltando de repente
Ruidosa carcajada
Que sin duda excitada
Fué por recuerdo que acudió á su mente,
Siguió diciendo: Y en verdad que ahora
Pillaré descuidada
A mi antigua Sirena encantadora.
Vaya, vaya, don Juan, duelos aparte
Y vamos á Madrid, donde á esperarte
Saldrá sin duda alguna
Con los brazos abiertos la fortuna.
¡Madrid, sitio á propósito
Para amorosos y reñidos lances
De petardos y cábalas depósito,
Y tela de aventuras y percances!

Vámonos á Madrid; es un capricho,
Mas mi padre perdone
Que á Patencia heredándole abandone,
Que Madrid es mi patria, y está dicho.
Damian, en este punto
Los caballos ensilla,
Y el claro sol al despuntar mañana
Que fuera nos encuentre de Castilla.
¿Qué distancia en don Juan menester era
Para obrar y pensar de una manera?
Todo era en él lo mismo, en un momento,
Arregló sus negocios
Conforme al concebido pensamiento,
Y á las diez poco mas de una mañana
Salió sobre una yegua jerezana
Mas ligera que el viento,
Y tres dias después desde la altura
Del cano Guadarrama.
De Madrid contemplaba la llanura,
Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento
De la casa de Sirena
En que trabó don Gonzalo
Con don Juan una pendencia,
Tienen ahora trabada
Plática amorosa y tierna
La ambiciosa bailarina
Y don Lope de Aguilera.
Ya sabes, lector discreto,
De muy atrás quien es ella;
Voy pues á darte noticias
Del galan que hoy la corteja.
Es don Lope un mozo ilustre
A quien de la edad mas tierna
Sus padres en Salamanca
Dedicaron á las letras.
Aplicóse él de tal modo
O lo hizo de tal manera,
Que se plantó la golilla
De años veinte y dos apenas.

La curia escandalizóse,
De tan imberbe colega
Teniendo á menos el lado
Con justísima vergüenza.
Murmuraron los doctores,
Y alborotóse la audiencia;
Mas él les tapó la boca
Con su suerte y sus riquezas.
Presentóse el noble mozo
Con impávida insolencia
Al tribunal, despachando
Sus negocios con franqueza,
Y sus buelillos de encaje,
Y sus hebillas con perlas,
Y sus pajes ataviados
Con magnificas libreas,
Apararon los murmullos
É hicieron al fin domésticas
Las voluntades agrestes
De la turba descontenta.
Tornóse el ceño en sonrisa,
En cortesía la befa,
En rendimiento el desden
Y la repulsa en ofertas.
Y en fin, el poder que el mozo
Tener en la corte muestra
Cambió en baja adulacion
La ojeriza golillesca;
Mas él despues de humillarlos
Dióles no mas por respuesta
De alcalde de casa y corte
La que recibió real cédula.
Pues rico en merecimientos
Con tamañas excelencias,
Obtuvo ó compró una toga
Y grande fama con ella.
Dióse con brio á las leyes,
Y aunque legislaba á tientas,
Dió brujas al santo oficio
Y vagos á las galeras.
Dióle además la manía
Para adquirir pronta y buena
Fama en la corte, de hacer
En las mozas una leva.
Echó pues infatigable